

ENCACHADOS TUMULARES DEL BRONCE FINAL / HIERRO ANTIGUO EN LA NECRÓPOLIS DEL COLLADO Y PINAR DE SANTA ANA (JUMILLA, MURCIA)

Emiliano Hernández Carrión
Francisco Gil González
Museo Arqueológico Municipal "Jerónimo Molina"
*Jumilla**

RESUMEN

Los encachados tumulares planos presentes en algunas sepulturas de necrópolis del Bronce Final/Hierro Antiguo del Collado y Pinar de Santa Ana, uno de ellos escalonado, se pueden considerar antecedentes de las sepulturas principescas ibéricas, en su día estudiadas por Emeterio Cuadrado. También aparecen otros tipos de cubiertas más modestas, que van desde una simple piedra tapando la urna, hasta un pequeño encachado plano circular protegiendo la parte superior de la urna, e incluso su tapadera cuando la tiene, que sobresaldrían de la fosa, lo que también recuerda la disposición de algunas sepulturas ibéricas, por lo que nos ha parecido interesante abordar en el homenaje que a tan destacado investigador dedica la Universidad de Murcia, el estudio de la posición cronológica y cultural que este tipo de estructuras ocupan tanto en el contexto de la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana como en el marco más general del Bronce Final/Hierro Antiguo en la zona.

Palabras clave: Bronce Final, Hierro Antiguo, túmulo, encachado tumular, sepultura.

ABSTRACT

The plane burial mound barrow made with stones of some tombs in the necropolis of "Collado y Pinar de Santa Ana", one of them staired, can be considered as the precedent of princely Iberian tombs that was studied by Emeterio Cuadrado. The structure of other tombs is also similar to Iberian ones. In this paper, dedicated to this prominent researcher, we study the chronological and cultural position of this type of barrow both in the mentioned necropolis and in the neighborhood's Late Bronze Age-Early Iron Age.

Key words: Late Bronze Age, Early Iron Age, barrow, plane barrow, tomb.

* Plaza de la Constitución, 3, 30520 Jumilla (Murcia).

I. ANTECEDENTES

El conjunto arqueológico del Bronce Final/Hierro Antiguo compuesto por la necrópolis del “Collado y Pinar de Santa Ana” y el poblado del “Sitio del Maestre”, se encuentra a unos 5 km al S de Jumilla, en el monte de Santa Ana. La necrópolis ocupa el suave glacis de acumulación al E del Pico del Maestre y el poblado se localiza en uno de los escalones orientales del monte del que toma el nombre mientras que en su vertiente norte se encuentra el Conjunto Ibérico de Coimbra del Barranco Ancho, en el que también existen niveles del Bronce Final.

Las primeras noticias del yacimiento las proporciona el Canónigo Juan Lozano Santa, en su Historia de Jumilla de 1800, que habla de restos arqueológicos “*en sitio que llaman el Maestre*” (Lozano, 1800, p. 5). Los Molina en la Carta Arqueológica de Jumilla de 1973, catalogan la necrópolis del Collado y Pinar como correspondiente a la “*Cultura Hallstática*”, considerándola “*producto de incursión indoeuropea de la primera Edad del Hierro, avanzada de esta cultura en el Sureste*” (Molina y Molina, 1973, p. 106-107). En estos momentos no se ha descubierto todavía el Sitio del Maestre, que se cataloga en la Addenda a la Carta Arqueológica de 1991 como asentamiento del Bronce Final e Ibérico (Molina y Molina, 1991, p. 162-169).

Solamente se han realizado excavaciones en la necrópolis y de forma muy discontinua. Éstas comienzan hacia 1956, a la vez que se estaban desarrollando los trabajos en el cercano poblado de Coimbra del Barranco Ancho por J. Molina y S. Nordstrom. Los monjes franciscanos del vecino convento de Santa Ana, movidos por la curiosidad de los trabajos y hallazgos de Coimbra, decidieron, por su cuenta, realizar una excavación en uno de los túmulos circulares que existen en la necrópolis del Collado y Pinar. Con posterioridad, entre los años 1959 y 1974, se realizaron varias excavaciones en otras cinco sepulturas, todas dirigidas por Molina García.

Los trabajos recientes han consistido en la excavación de dos nuevas sepulturas en 1985 (Hernández, 1991) y en 1999, y la reexcavación en 1993 de una de las sepulturas excavadas por J. Molina (Hernández, 1999), abordándose también el estudio y publicación de los objetos metálicos (Simón, Hernández y Gil, 1999) y un primer estudio de conjunto de la necrópolis, con el resto de los materiales de excavaciones anti-

guas, de los que, a pesar de existir breves descripciones, apenas se había publicado información gráfica (Hernández y Gil, e.p.).

Como ya hemos apuntado, la necrópolis se corresponde con el importante núcleo poblacional denominado Sitio del Maestre, todavía muy poco conocido debido a la falta de excavaciones, y del que sólo se han recogido unos pocos materiales en superficie, pero algunos de ellos muy interesantes, como un hacha de cubo y dos anillas (Molina y Molina, 1991; Simón, Hernández y Gil, 1999).

Los trabajos recientes en el yacimiento y la revisión de las antiguas excavaciones han permitido definir cuatro tipos de cubierta para las grandes sepulturas, aumentando y precisando la tipología inicialmente elaborada (Hernández, 1990):

Tipo A. Cubierta de planta circular delimitada por piedras clavadas en el suelo verticalmente. La sepultura nº 1, correspondiente a este tipo fue excavada por los PP. Franciscanos del vecino Convento de Santa Ana, sin que tengamos detalles sobre su estructura interna. De unos 2 m de diámetro, se hallaba delimitada por un círculo de piedras colocadas verticalmente, de unos 40 cm de altura, que fue respetado. Otra sepultura sin excavar que parece corresponder a este tipo presenta al exterior un túmulo pétreo en forma de casquete esférico, de unos 4 m de diámetro y una altura de 1,10 m. No se aprecia la existencia de una cista interior. A este tipo parece corresponder también la sepultura nº 3, de unos 3 m de dimensiones máximas, que fue excavada por J. Molina, quien la describe como rectangular y cuyos trabajos afectaron solamente al interior de la misma. Al parecer, se encontraba intacta.

Tipo B. Forma de prisma con base cuadrada o cuasi cuadrada con unos 60 cm de altura y lados entre 2,40 m y 2,60 m. Se ha excavado una única estructura de este tipo, la nº 6 (Hernández, 1991), que exteriormente presentaba aspecto de túmulo.

Tipo C. Sepulturas de planta cuadrangular o pseudo-cuadrangular, aplanadas. Delimitadas al exterior por un murete de grandes piedras a una hilada, o a dos, si éstas son de menor módulo, en general mayores las de la cara externa. En dos de las sepulturas (nºs 8 y 4) los lados varían entre 2,16 y 3,30 m. La nº 5 tiene mayores dimensiones, de unos 5,40 m de lado. Las sepulturas excavadas de este tipo presentaban el interior removido de antiguo, lo que no permite precisar cómo se cerraba su interior. En algunas de las visibles en superficie el

interior parece estar formado por grandes piedras bien trabadas, aunque no se puede precisar si corresponden a este tipo o al siguiente.

Tipo D. Sepultura escalonada. Se ha excavado una única sepultura de este tipo. En la parte central tiene un encachado cuadrangular, de 3,50 m de lado, aplanado y compacto, formado por una o dos hiladas de piedras bien trabadas, sin que se diferencien las piedras que lo delimitan por el exterior, salvo por su disposición careada. Este núcleo central se rodea por el exterior por un murete de las mismas características que los que delimitan las estructuras de tipo C, de 4,80 m de lado y 0,50 m de grosor, con una cota algo inferior a la del núcleo central, lo que da al conjunto un aspecto escalonado. El espacio entre el murete exterior y la zona central se rellena de tierra, documentándose en su zona media la existencia de una cenefa de guijarros. Debemos señalar que el resultado de eliminar el núcleo central en una sepultura de este tipo es una estructura similar a las que delimitan las sepulturas del tipo C, por lo que puede haber confusión entre ambos tipos en el caso de sepulturas saqueadas. Éste podría ser el caso de la nº 5, con dimensiones superiores a la nº 6, que la alejan de las del tipo C.

II. ALGUNAS CUESTIONES DE CRONOLOGÍA ABSOLUTA Y RELATIVA

Antes de pasar a la valoración cronológica de los materiales de la necrópolis del Collado y Pinar, debemos señalar que todavía el marco temporal de los momentos avanzados del Bronce Final no está fijado con la suficiente precisión.

A partir de la calibración de las dataciones radiocarbónicas se han cuestionado las fechas tradicionalmente aceptadas para los contextos relacionables con los materiales de la necrópolis que estudiamos, proponiéndose fechas más altas, lo que ha venido a sumarse a la elevación, a partir de otros criterios, de las cronologías propuestas en su día para yacimientos de gran interés para el estudio del Bronce Final y el Hierro Antiguo, como es el caso, por ejemplo, de los Túmulos A y B de Setefilla, repetidamente citados en la bibliografía, y cuyos resultados han sido utilizados para datar numerosos contextos¹.

Un aspecto de gran interés es la cronología de los primeros materiales fenicios en los contextos indígenas cuya presencia permite, en muchos casos, establecer

diferenciaciones del tipo precolonial/colonial, aunque esto, unido a la falta de dataciones absolutas, puede dar lugar al establecimiento de compartimentos estancos, que impidan reconocer la presencia de determinados materiales en momentos muy tempranos. Por otra parte, las fechas iniciales de la presencia fenicia en Occidente, tampoco se pueden considerar firmemente establecidas. Así, Aubet (1994, p. 263) vincula las producciones cerámicas de los niveles más antiguos de yacimientos como Morro de Mezquitilla con los de los niveles V/IV y III/II de Tiro, señalando que las dataciones obtenidas de la asociación de cerámicas fenicias a piezas griegas, contrastan con las dataciones de radiocarbono calibradas, lo que podría obligar en el futuro a revisar al alza la cronología de la expansión fenicia en el Mediterráneo. Por su parte, Wagner (1994) señala que el panorama actual está camino de cambiar en poco tiempo, y se hace necesario resaltar *“la contradicción que supone una banda temporal del 750-730 a.C. apuntada para la cerámica fenicia de Morro de Mezquitilla (Maas-Lindemann, 1994: 291), mientras la calibración del C14 señala al menos una cronología absoluta del 897-870 a.C., porque la primera propuesta deriva de seriaciones cerámicas realizadas en el Levante y Grecia que no toman en cuenta las cronologías absolutas que están proporcionando el Hierro I-II en Israel y el Protogeométrico y Geométrico en Grecia”* (Mederos Martín, 1997, p. 78). Recientemente, Torres Ortiz (1998), a partir de las dataciones radiométricas calibradas en la Península Ibérica e Italia, junto con los datos proporcionados por la secuencia dendrocronológica suiza y las fuentes escritas clásicas, ha sugerido una fecha en torno al 825 a.C. para la fundación de las primeras colonias fenicias en Occidente.

Desde luego, las dataciones calibradas no cambian las secuencias cronológicas relativas pues, como señala Escacena (2000, p. 37), *“fechar el Bronce Final tartésico de época precolonial en el siglo IX a.C. y los inicios de la*

1 Ma^a. E. Aubet (1975; 1978) sitúa los túmulos A y B entre los siglos VII y VI a.C., cronología que ha sido considerada muy baja por varios investigadores, como Ruiz Mata, que sitúa el Túmulo A entre fines del siglo VIII a.C. y el VII a.C. (1995, p. 306) y el Túmulo B, en el VII a.C. (p. 307) o Bendala Galán, (1992, p. 32-33) que también señala que se han propuesto fechas demasiado bajas para los materiales del Corte 1 de la Mesa de Setefilla, el poblado correspondiente a la necrópolis. El tema ha sido tratado con detalle por Torres Ortiz (1996) que data el cierre de los túmulos A y B entre el segundo y tercer cuarto del siglo VIII a.C.

presencia fenicia en el siguiente, supone la misma cadena temporal que llevar el primero al X y la segunda al IX". Más problemáticas resultan, en cambio, las discrepancias en la valoración cronológica de contextos similares. Esto ocurre en yacimientos cercanos a la zona que nos ocupa: para la fase II de El Castellar de Librilla, con un 47% de cerámicas a torno, se ha propuesto una cronología de la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Ros, 1989), mientras que el inicio de la Fase II de Peña Negra (Crevillente), un yacimiento de mucho interés para nuestro trabajo, se ha situado a principios del siglo VII a.C. (González Prats, 1990). Una gradación cronológica de este tipo podría interpretarse a partir de la hipótesis de la llegada de materiales de importación y tecnologías como el torno desde las factorías del sur peninsular, lo que hoy carece de sentido ante la realidad de la existencia en la desembocadura del Segura del establecimiento fenicio de La Fonteta, con una cronología que no debe estar muy alejada de la los yacimientos fenicios más antiguos del sur peninsular, según las dataciones obtenidas a partir de los numerosos hallazgos de cerámicas griegas arcaicas, entre las que se encuentra una copa Thapsos, fechada en la segunda mitad del siglo VIII a.C. y que no corresponde a la ocupación más antigua del yacimiento (González Prats, 2000; García Martín, 2000). Cerámicas griegas más arcaicas solamente se conocen en Huelva (Domínguez y Sánchez, 2001, p. 84). En el cercano yacimiento de Los Saladares, también aparecen materiales con cronología alta, como una fuente carenada con labio vuelto, perteneciente a la fase I-A3, que se puede datar a mediados del siglo VIII a.C. a partir de paralelos orientales (Arteaga y Serna, 1979-80, fig. 32) y de Morro de Mezquitilla (Maas-Lindemann, 1999, fig. 4.4). Con estos antecedentes, la fecha de principios del siglo VII a.C. para los momentos iniciales de Peña Negra II parece baja; a esta misma conclusión se puede llegar a partir de la detallada publicación de A. González Prats (1990), donde se describe un plato de barniz rojo procedente del Corte E, que por sus características "*debería señalar hacia el primer tercio del siglo VII, fecha que cabría aplicar al estrato Ic del que procede*"; por debajo, y en la misma zona (Área A5), aparece en el estrato Id un fragmento de plato o cuenco con decoración bícroma (González Prats, 1990, p. 103) que puede pertenecer ya al siglo VIII a.C. En otras zonas del mismo corte existe todavía un

estrato inferior que corresponde a la primera fase de ocupación de Peña Negra II. En el mismo sentido apunta el estudio de las ánforas realizado por J. Ramón (1995). Tipos que aparecen en ambos yacimientos son el T-10.1.1.1, "*el primero que se fabricó en los centros fenicios del área del estrecho de Gibraltar o, al menos, en muchos de ellos*" (Ramón, 1995, p. 229), para el que señala una cronología entre la mitad o segundo cuarto del siglo VIII hasta la mitad o primer tercio del VII a.C., si bien Docter (1999, fig. 4) considera los topes cronológicos algo más altos (770-675 a.C.) y el T-10.1.2.1 para el que señala una cronología entre 675/650 y 575/550 a.C. El tipo más frecuente en Peña Negra (Ramón, 1995, p. 52-53) es el T-10.1.2.1, de elaboración local en un porcentaje considerable. En el mencionado Corte E, no se identifican estos tipos en el estrato inferior de PN II (Ie); los tipos T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1 aparecen en los estratos Id, Ic y Ib, y el último aparece en exclusiva en el estrato Ia. Considerando la cronología de J. Ramón, la coexistencia de ambos tipos se daría entre 675/650 a.C. y el más antiguo de los estratos en que aparecen ambos, el Id, es datado entre 650-600 a.C. (González Prats, 1990, fig. 3), es decir, a partir del tope cronológico más bajo para el tipo T-10.1.1.1, que continúa apareciendo en dos niveles situados por encima. Considerando la cronología de Docter para el T-10.1.1.1 y la de Ramón para el T-10.1.2.1, habría que considerar que en el estrato Id coincide con el final de las producciones del primero de los tipos, hacia 675 a.C., y los fragmentos de los sucesivos estratos Ic y Ib estaban ya amortizados. En cualquier caso, parece forzado considerar que el tipo T-10.1.1.1 llegue a Peña Negra en el último momento de su producción.

En la fase II del Castellar de Librilla hay algunos ejemplos de T-10.1.1.1; en la Fase III aparece tanto este tipo como el T-10.1.2.1 y es entonces cuando se da el posible inicio de la producción autóctona de cerámica a torno, mientras que en la Fase IV tendría lugar, ya con seguridad, la producción local de ánforas (Ramón, 1995, p. 54-55). Según lo visto anteriormente, la coexistencia de ambos tipos se daría ya dentro del siglo VII a.C., y habría que prolongar la duración de la fase II del Castellar, para la que se propone una cronología de la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Ros Sala, 1989, p. 407) hasta al menos su primer cuarto, aunque con esto no se resolverían las

contradicciones planteadas más arriba. Para ello habría que admitir una mayor perduración del tipo T-10.1.1.1, o elevar la cronología del Tipo T-10.1.2.1². Todo esto nos lleva a considerar, teniendo en cuenta la existencia de una fase de PNII anterior a la correspondiente al estrato Id, que la Fase II de Librilla no es anterior al inicio de PNII, de manera que de existir una diferencia en su cronología relativa, ésta sería más bien de sentido inverso a la que se deduce de las publicaciones de ambos yacimientos, teniendo en cuenta además la proximidad de Peña Negra al establecimiento fenicio de La Fonteta, un yacimiento que tiene muchas novedades que aportar.

Por razones de tipo práctico, en este trabajo utilizaremos cronologías históricas, las utilizadas en la mayoría de las publicaciones consultadas, aún reconociendo que muchas dataciones deberán elevarse en el futuro.

III. EVOLUCIÓN DE LOS TIPOS DE CUBIERTA DE LAS SEPULTURAS

El número de sepulturas excavadas en el Collado y Pinar es todavía muy reducido, de una treintena de sepulturas localizadas en la actualidad, se han excavado ocho, y la mayoría estaban saqueadas de antiguo, por lo que la información que nos ha llegado sobre los ajueres es muy sesgada. A pesar de ello, y de no contar con dataciones de radiocarbono, a través de los materiales se puede establecer una secuencia cronológica relativa apoyándonos en los resultados obtenidos en otros yacimientos.

En el presente trabajo no describiremos pormenorizadamente los materiales de todas las sepulturas, al haberlo hecho ya en otro de reciente edición (Hernández y Gil, e.p).

III.1. Los túmulos circulares

Desde un primer momento este tipo de sepulturas se consideraron las más antiguas (Hernández Carrión,

1990) dado que entre los materiales de la sepultura 1, hay elementos como el cuenco con carena alta nº 1 (fig. 2a) que se asemeja a la Forma 1 de la clasificación de F. Molina (1978) correspondiente al Bronce Tardío. Entre otros ejemplos, se puede mencionar una cazuela carenada del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) con cuerpo troncocónico, base plana y borde corto y algo saliente, con decoración incisa y de boquique, correspondiente a un horizonte Cogotas I, con una datación de radiocarbono de 950 +/- 50 a.C. (Martín de la Cruz y Montes Zugadi, 1986, fig. 6.1). A partir de trabajos aparecidos con posterioridad, se pueden encuadrar mejor los materiales procedentes de esta sepultura.

El vaso nº 1 se relaciona indudablemente con el tipo B8 definido por A. González Prats (1990, p. 64-66) para de Peña Negra I que corresponde a una "*vasija de cuerpo troncocónico con carena en el tercio superior, generalmente redondeada, y con un corto borde recto o vertical marcado*". La base plana del vaso del Collado y Pinar coincide con la reconstrucción que realiza González Prats (1990, fig. 50) mientras que en el ejemplar completo de la incineración B de "Les Moreres", la necrópolis asociada a Peña Negra, el fondo es ligeramente cóncavo. El tipo B8 queda definido a partir de los fragmentos 6706, 7275, 7280, 7360, 8049, 8663, 8789, y 11976 (González Prats, 1990, figs. 49-50). El ejemplar del Collado y Pinar únicamente difiere de éstos en que el borde es ligeramente exvasado al igual que el fragmento 7283 de Peña Negra, que por otra parte tiene un perfil similar a los anteriores. Los dos mamelones perforados verticalmente en la carena aparecen en el fragmento 7280 de Peña Negra, con idéntica disposición a la que encontramos en el vaso del Collado y Pinar. Un fragmento con el borde vertical (fig. 2b) correspondiente a esta forma fue hallado en superficie en Coimbra del Barranco Ancho, un yacimiento conocido, sobre todo, por su fase ibérica, que forma parte del mismo complejo arqueológico que la necrópolis del Collado y Pinar.

Todos los fragmentos citados de la forma B8 de Peña Negra proceden de viviendas angulares, que en algunos casos se superponen a otras de planta circular, o de un vertedero asociado a las primeras, con abundantes restos metalúrgicos. Corresponden a la tercera fase de habitación del poblado, que en un primer momento se fechó en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (González Prats, 1990, fig. 3), pues en la parte excavada del Corte E venía sellada por el primer estrato

² Las cronologías propuestas por Ramón para algunos de los tipos de su clasificación resultan hoy bajas, como sucede con el tipo T-2.1.1.1, para el que señala una cronología del "primer o segundo cuarto del hasta ¿finales? del siglo VII a.C." (Ramón, 1995, p. 178), mientras que se documenta en Cartago ya en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Vegas, 2000, p. 1240).

correspondiente a Peña Negra II. Posteriormente, el Corte F permitió apreciar la existencia por encima de “una o dos fases de habitación del Bronce Final” (González Prats, 1990, p. 106; 1993, p. 24) lo que llevó a fechar, “*mientras no se tienda a elevar la cronología de todo el tramo de Peña Negra I*”, la datación del taller metalúrgico en torno a mediados del siglo VIII a.C. Más arriba ya hemos señalado que la fecha en torno al 700 a.C. que se ha manejado para el inicio de la fase Peña Negra II parece baja.

El vaso nº 2 (fig. 3a), con cierto parecido al nº 1 pero menos aplanado y, sobre todo, sin base, se puede incluir en el Tipo A.I.f de Ruiz Mata (1993) correspondiente a su fase I (preferencia) que define como “*vaso de forma bicónica, con carena en su parte media que separa una mitad inferior hemisférica de otra superior troncocónica. El borde es corto, vertical o ligeramente exvasado*”. Según el autor, esta forma es característica del Bajo Guadalquivir. Dentro de los rasgos comunes citados se advierten matices en ciertas características, como la suavidad de la carena y la altura de ésta, así como en el tamaño, diferencias que se explican más bien como rasgos locales y funcionales que cronológicos. Torres Ortiz (1999, p. 170-171) individualiza los cuencos bicónicos de las urnas bicónicas que tipológicamente son muy similares y no son incluidas por Ruiz Mata en el tipo A.I.f. Señala Torres Ortiz que los cuencos bicónicos sólo se han documentado en dos necrópolis tartésicas: La Nicoba y Mesas de Asta. En la primera aparece un ejemplar junto a grandes urnas bicónicas sin función de recipiente funerario en un contexto en que los materiales fenicios están ausentes. En la necrópolis de Mesas de Asta se documentaron estos cuencos, en prospección, decorados en ocasiones con motivos pintados geométricos y zoomorfos, considerándose que corresponden a momentos precoloniales, al menos entre el siglo IX a.C. y la primera mitad del siglo VIII a.C. (González Rodríguez y otros, 1993, p. 219). Para las urnas bicónicas señala el autor su presencia en los enterramientos tartésicos precoloniales tanto formando parte del ajuar (La Nicoba, Vega de Santa Lucía), como en sepulturas precoloniales del túmulo 1 de Las Cumbres, y tal vez perdurando en los primeros momentos de la colonización fenicia en Occidente, como es el caso de los túmulos A y B de Setefilla (Torres Ortiz, 1999, p. 171). Es interesante mencionar que al menos dos de las urnas bicónicas del Túmulo A, que reproduce Torres Ortiz (1996, fig. 1) tienen la base plana. En cambio, urnas de este tipo, sin base plana, aparecen en el Túmulo I de la necrópolis de Las

Cumbres, como la del enterramiento 34, que se fecha en la primera mitad del siglo VIII a.C. (Ruiz y Pérez, 1989, p. 295, fotografía 1).

En cuanto a su estratificación en asentamientos, Ruiz Mata se refiere a su presencia en el nivel 16 de Colina de los Quemados (Córdoba), fechado entre los siglos X y VIII a.C. y en el nivel de base de Carmona (5 de Carriazo y Raddatz), dos de los yacimientos con paralelos para la forma B8 de Peña Negra I que menciona González Prats. En recientes excavaciones en Carmona, en la Calle Costanilla de Torre del Oro, se han individualizado unidades estratigráficas con materiales típicos del Bronce Final, entre los que se encuentran estos vasos (Jiménez Hernández, 1994). Estas UU.EE se superponen, al parecer tras un hiato, a otras con materiales del Bronce Tardío, contribuyendo a precisar aspectos sobre la base de la estratigrafías de otros cortes anteriormente realizados en Carmona. Los tipos definidos en la secuencia permitirían caracterizar un Bronce Final en el que están ausentes la retícula bruñida y las cerámicas pintadas tipo Carambolo que han sido indicativos tradicionalmente del Bronce Final Tartésico (Jiménez Hernández, 1994, p. 148). Entre otros, se señalan paralelos para este conjunto de materiales en la base de estratos con conjuntos del Bronce Final “típico” bajoandaluz, como en el nivel 11 (estrato VI) del Corte B de 1980 en Carmona (Pellicer y Amores, 1985, fig. 45), en el estrato XIII de Setefilla (Aubet y otros, 1983, figs. 22-23) y en la fase Ia de Montemolín (Bandera y otros, 1993, fig. 4), considerando que el conjunto refleja los momentos precoloniales con una cronología que debe estar centrada en los siglos IX y primera mitad del VIII a.C. (Jiménez Hernández, 1994, p. 148). En todos estos estratos aparecen los vasos del tipo A.I.f, que también aparecen en momentos posteriores, por ejemplo en Carmona, en el estrato X del Corte A de 1980 (Pellicer y Amores, 1985, fig. 16) datado en la segunda mitad del siglo VIII a.C. y en el IV del Corte B de la misma campaña (Pellicer y Amores, 1985, fig. 45) de la primera mitad del siglo VIII a.C.

Ya en el Sudeste, además del paralelo que menciona González Prats del estrato VIII del Cerro del Real (Galera, Granada), es interesante mencionar un fragmento de la parte superior de un recipiente abierto, con el borde corto y vertical, y carena redondeada, con decoración incisa y pintada, de la fase I-A3 de Los Saladares (Orihuela, Alicante) (Arteaga y Serna, 1979-

80, fig. 31.36), que se fecha aproximadamente entre 750-725 a.C. y, sobre todo, los paralelos que encontramos en el Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada) tanto para el vaso nº1, en un fragmento que también presenta el borde ligeramente vuelto al exterior (Carrasco y otros, 1985, fig. 14.49) como para el nº 2 (*ibidem*, fig. 16.54) ambos procedentes del estrato A6, en el que aparecieron una espada de lengua de carpa y una fíbula de codo.

El fragmento con decoración incisa procedente de la sepultura nº 1 (fig. 3c), debe corresponder a un recipiente de cuerpo bitroncocónico con cuello recto o algo exvasado, como alguno de los procedentes de El Tabaià (Aspe, Alicante) (Hernández y López, 1992, fig. 4, 6). En Peña Negra, hay fragmentos asociables a una forma de este tipo correspondientes a la Fase I (González Prats, 1983, p. 98, fig. 17; 1990, fig. 56, nº 8937 y fig. 57, nº 12095). Formas similares aparecen también en un conjunto cerámico de la Fase I del yacimiento de Reillo (Cuenca) (Lorrio, 2000, fig. 3) en el que también se encuentran formas asimilables al tipo B8 de Peña Negra I como señala González Prats (1990, p. 66). Es interesante mencionar que este conjunto cerámico, interpretado como una sepultura, apareció bajo una acumulación de piedras dispuestas a modo de pequeño túmulo, que cubría una capa uniforme de adobe de color amarillo fuerte, que adoptaba en algunas partes formas perfectamente cuadradas a manera de tapa, bajo la cual aparecieron los recipientes (Maderuelo y Pastor, 1981). Lorrio (2000, p. 266) señala que los datos de la excavación no permiten asegurar que se trate de una tumba. La cronología de la primera mitad del siglo VII a.C. parece baja si tenemos en cuenta otros conjuntos con materiales similares. Así, para los materiales de El Tabaià se propone una cronología correspondiente a los primeros momentos de Los Saladares y Peña Negra I, e incluso en un momento anterior (Hernández y López, 1992, p. 13).

A la vista de los paralelos, para los materiales de la sepultura nº 1 del Collado y Pinar de Santa Ana, y teniendo en cuenta especialmente la asociación de los vasos nº 1 y nº 2, la cronología de esta sepultura podría ser más elevada que la correspondiente a los mencionados niveles de Peña Negra en que se documenta la forma B8, que se puede situar en la primera mitad-mediados del siglo VIII a.C. Por tanto, resulta aceptable, en tanto no se puedan obtener mayores precisiones, una cronología entre el siglo IX y la primera mitad del VIII a.C. para esta sepultura.

III.2. Encachados de planta cuadrangular y rectangular

III.2.1. Las sepulturas 4 y 8

En ambos casos se trata de sepulturas del tipo C. La nº 4, excavada en 1974 por J. Molina³, tiene unas dimensiones de unos de 3,30 m de lado y unos muros de 0,50 m de grosor. En el interior de éstos no aparecía encachado de piedras, siendo el relleno de la tierra del entorno. Los materiales del ajuar se hallaron en la mitad E y consisten en una urna con perfil en S alargada, a mano, con pasta de muy mala calidad (fig. 5) y fragmentos de otro recipiente del que no se puede apreciar la forma dado lo deteriorado de los fragmentos, con borde ligeramente vuelto y redondeado. En el diario no se menciona la existencia de huesos quemados, pero éstos aparecían en el relleno de la urna más completa y en su entorno. Tal como aparecieron los materiales, debía estar saqueada de antiguo. La nº 8, con dimensiones de 2,16 x 2,17 m fue también excavada por Molina García⁴. Al parecer solamente proporcionó escasos fragmentos de cerámica a mano, por lo que suponemos que estaba saqueada al igual que otras.

Estas dos sepulturas tienen en común, aparte de sus plantas cuadrangulares, la presencia exclusiva de cerámicas a mano. En principio, podría ser similar la urna de la sepultura nº 4 a la de la nº 3, en la que apareció "*una vasija globular, de alto cuello, cuyo interior contenía un pequeño cuenco carenado, bajo una losa, y encima de ella un brazalete de alambre de bronce*" (Molina y Molina 1973, p. 106)⁵ (fig. 4). Esta última sepultura, en principio clasificada también como de tipo C, parece ser en realidad de planta circular, lo que deberá verificarse con su reexcavación.

El perfil de la urna de la sepultura 4 se puede incluir en los tipos E.I.b y E.II de la tipología de Ruiz Mata (1995), que Torres Ortiz denomina (1999, p. 171) "urnas chardón", denominación que nosotros preferi-

3 Quien le dio el número 6, permaneciendo inédita, lo que conocimos a través de sus diarios, con posterioridad a la publicación de la campaña de 1985, en la que se asignó este número a otra sepultura.

4 Quien le asignó el número 4 (ver nota anterior).

5 No hemos podido examinar esta urna puesto que al parecer se extravió en el Museo de Villena, donde fue enviada para su restauración.

mos reservar para las urnas a torno con perfiles muy similares⁶. En el tipo E.I.b, de cronología precolonial se incluyen vasos con cuellos acampanados y rectos y cuerpos ovoides, unidos a veces mediante aristas acusadas, mientras que en época colonial, los cuellos tienden a la concavidad. En esta fase precolonial, según Torres Ortiz no se documenta su uso como una cineraria, usándose preferentemente como vaso de almacenamiento de gran tamaño, mientras que a partir del siglo VIII a.C., con el comienzo de la colonización fenicia, se documenta su uso como recipiente funerario en el Túmulo 1 de la Necrópolis de Las Cumbres, en la de Cruz del Negro y en los Túmulos A y B de Setefilla, entre otros yacimientos, siendo el recipiente funerario por excelencia hasta su sustitución por las urnas tipo Cruz del Negro, apareciendo posteriormente, hacia el tránsito entre los siglos VIII y VII a.C., como vasos de ofrendas en los ajuares funerarios.

Entre los tipos que establece Ruiz Mata para estos vasos (tipo E.II) del Túmulo A de Setefilla, se asemejan más al que nos ocupa el tipo B.1, con cuellos más cóncavos y cerrados en relación a la altura del vaso que los del tipo A, y en los que la anchura del borde no sobrepasa la anchura máxima del cuerpo, con ejemplares en los que la unión entre el cuello y el cuerpo no es aristada (Ruiz Mata, 1995, fig. 22.10). Del Túmulo B, procede un ejemplar parecido al de Jumilla, aunque más exvasado (Ruiz Mata, 1995, fig. 23.12). Torres Ortiz (1996) data el cierre de los túmulos A y B entre el segundo y tercer cuarto del siglo VIII a.C.⁷

III.2.2. Las sepulturas del área de las excavaciones recientes (fig. 1)

Los trabajos recientes se han concentrado en una zona próxima a la sepultura 5, ya excavada por J. Molina, y han consistido en la reexcavación de ésta y la excavación de dos nuevas sepulturas, la 6 (Hernández

Carrión, 1991) y la 7. Estas sepulturas forman una agrupación, junto con otra sin excavar visible en superficie hacia el O-SO de la 6. En relación con estas sepulturas aparecen ya cerámicas a torno, tratándose de las más recientes hasta ahora conocidas.

III.2.2.1. Sepultura 5

Corresponde también al tipo C, con planta cuadrangular de unos 5,40 m de lado aproximadamente y un muro de 0,80 m de ancho. El interior fue excavado por J. Molina en julio de 1974. La sepultura estaba saqueada desde antiguo, quedando los materiales agrupados en tres zonas dentro de la sepultura. Aparecieron en su interior fragmentos de cerámicas a torno, correspondientes a dos tinajas de asas geminadas, o pithoi, pudiendo reconstruirse el perfil completo para uno de ellos (figs. 6a y 6e), a un cuenco a torno de borde reentrante y ligeramente engrosado en cerámica gris, que también permiten reconstruir el perfil completo (fig. 6b) y a una urna globular, con alto cuello cilíndrico y borde exvasado (fig. 6c), correspondiente al tipo denominado "a chardon". También aparecieron fragmentos de un recipiente a mano de gran diámetro, con cuello de tendencia cilíndrica y borde diferenciado mediante un pequeño resalte al exterior. Uno de los fragmentos lleva un asa consistente en un apéndice alargado y un cuchillo de hierro (fig. 7d).

En la campaña de 1985, en la que se excavó la sepultura 6, se desarrollaron también trabajos de limpieza en el interior de la 5, donde se recuperó, entre otros materiales, un interesante fragmento de vaso de alabastro (fig. 6d) (Hernández Carrión, 1991).

Los trabajos en esta sepultura continuaron en la campaña de 1993, orientada a la delimitación completa de su planta, hallándose una serie de enterramientos en urna, hasta un total de seis, adosadas al exterior de la sepultura, en sus caras S y O. Las urnas, realizadas a mano o a torno lento y algunas de ellas muy deterioradas, presentaban distintos tipos de cubrición. En su interior contenían huesos humanos sin restos de ceniza y, la mayoría, un elemento de ajuar.

La urna nº I, de pasta grisácea, es globular, con cuello alto y base pequeña y plana. En la unión del cuello con el cuerpo tiene una decoración a base de cuatro acanaladuras y molduras redondeadas. Estaba depositada sin tapadera y cubierta por un pequeño encachado circular de piedra (fig. 7a).

6 Hay autores como Escacena (1995, p. 181) que consideran que este tipo de urnas a mano son imitaciones de los vasos "a chardon" fenicios, en lo que no coinciden otros (Torres Ortiz, 1999, p. 40).

7 Tiene en cuenta las anchuras de los bordes de los platos de barniz rojo y la razón de éstas al diámetro (Torres Ortiz, 1996, p. 151-152, fig. 3). Otros aspectos, como la propia morfología de los bordes y la presencia de una carena poco pronunciada remiten también a los momentos más antiguos de yacimientos como Morro de Mezquitilla (Maas-Lindemann, 1999, p. 132; fig. 4) y Cartago (Vegas, 2000, fig. 2).

La urna nº II, de pasta anaranjada, es la más deteriorada, tiene sección elíptica debido a una deformación por la presión de la tierra, y posiblemente por la deposición de la anterior, que además afectó a la urna nº VI. La forma no está muy bien definida pues, dado su estado de deterioro y mala calidad de la pasta fue imposible recuperar su perfil completo. Se trata de una forma muy abierta con el diámetro máximo en la parte superior. Tres piedras colocadas irregularmente hacían las veces de tapadera. Como ajuar, contenía un brazalete de bronce abierto (fig. 7e) (Simón, Hernández y Gil, 1999).

La urna nº III, de pasta gris, estaba reventada por una raíz que penetró en la misma. Es de forma globular y alto cuello casi cilíndrico, con hombro marcado y borde ligeramente vuelto al exterior. La base es pequeña y con ónfalo; el cuello se había hundido dentro de la urna, por el peso de la piedra de cierre y del terreno. Tenía una tapadera de forma troncocónica de pasta roja, muy mal cocida, bruñida en su interior y posiblemente en su exterior (lo que no se aprecia por el avanzado estado de deterioro) (fig. 7b). En su interior apareció un trozo de bronce retorcido, que debió pertenecer a otro brazalete de sección circular (Simón, Hernández y Gil, 1999).

La urna nº IV, de pasta anaranjada-rojiza, es la mayor de todas, tiene forma globular, con hombro marcado, alto cuello cilíndrico, y un incipiente labio exterior. La base es pequeña y plana. Tenía una tapadera con forma de casquete esférico, de la misma pasta que la urna, solo que bruñida en ambas caras, estaba muy aplastada por la presión de la piedra de cierre (fig. 7c). No contenía ajuar.

En la cara W de la sepultura encontramos un fondo de vasija, que numeramos con el V, de paredes muy finas y prácticamente deshecha por la acción de las raíces y por lo superficial de su deposición, que se había efectuado sobre una masa de barro amarillo, situada por encima del nivel de base de la estructura, desde el que se excavaron las fosas para las demás urnas. Junto a esta destrozada urna hallamos una hoja de cuchillo de hierro muy deteriorado y mezclado con los fragmentos de huesos que pertenecieron a la urna. En esta cara y próximo al ángulo NW, hallamos un botón semiesférico de bronce con remache, idéntico al hallado en la estructura nº 6, excavada en 1985 (Hernández Carrión, 1991, p. 171).

Finalmente, junto a la urna nº II apareció un fragmento de pared de otra urna, al parecer de pequeño

tamaño, distinta a las cuatro primeras, muy deteriorado, que se deshacía con el sólo contacto de las manos; en cuyo interior apareció, además de huesos, un aro de bronce (fig. 7f) (Simón, Hernández y Gil, 1999). Posiblemente destruida al enterrar la urna número I. Le asignamos el número VI.

En cuanto a los materiales, a pesar de encontrarse el interior de la sepultura principal saqueado de antiguo, es significativa la presencia de cerámicas a torno, tanto desde el punto de vista cronológico, como para la valoración del ajuar. Aunque éste se encuentra incompleto, indicaría un alto estatus, con materiales exóticos como el alabastro, y la propia cerámica a torno, si consideramos la ausencia de ésta en las sepulturas adosadas al exterior.

El cuenco en cerámica gris de borde reentrante y algo engrosado al interior corresponde a la forma 20-I de A. Caro Bellido (1989, p. 174-175), quien destaca la antigüedad de esta variante y su fijación en principio al ambiente colonial costero, donde es una forma bien difundida y con larga perduración, apareciendo en diversos yacimientos fenicios, como en toda la estratigrafía de Toscanos, entre la segunda mitad del siglo VIII y la primera del VI a.C., Morro de Mezquitilla y Chorreras, donde se fecha en la segunda mitad del siglo VIII a.C.; es frecuente en yacimientos indígenas cercanos, en el Castellar de Librilla, según M^a. M. Ros Sala (1989, p. 332), los cuencos en cerámica gris de borde reentrante (variante III.C.3) inician su producción en la Fase III, y serán característicos de la IV. En la figura que ilustra esta variante se aprecia que en ninguno de los tres casos el borde es engrosado. En Los Saladares, los cuencos de este tipo no corresponden a esta variante. En Peña Negra II, encontramos un paralelo en uno de los cuencos del tipo B4 variante C3c (González Prats, 1983, fig. 34, 15).

En cuanto a las tinajas de asas geminadas, o pithoi, destacaremos la que ha podido reconstruirse su perfil completo (fig. 6a). En estos recipientes no es frecuente que el cuello sea reentrante y no hemos podido encontrar paralelos exactos para el mismo, a pesar de la abundancia de este tipo de recipientes en yacimientos fenicios e indígenas, si bien son generalmente de mayor tamaño.

La urna a torno, globular, con alto cuello cilíndrico y borde exvasado, se asemeja a los vasos de tipo "a char-don", aunque éstos suelen tener el cuello acampanado

(Ruiz Mata, 1995, p. 278). Desconocemos si su función era la de contenedor funerario o vaso de ofrendas. Como urna cineraria aparecen estos vasos a torno en los Túmulos A y B de Setefilla (Torres Ortiz, 1996, p. 151-152) con un ejemplar en cada uno de ellos. En el del primero el cuello es acampanado y en el procedente del Túmulo B el cuello es menos acampanado, pero con mayor desarrollo que en el procedente de Jumilla. En el Túmulo A también apareció una urna de tipo Cruz del Negro, un tipo cuya presencia en el Túmulo 1 de Las Cumbres y en Les Moreres sugiere, según Torres Ortiz, que esta forma ya se usaba como recipiente funerario en ambientes indígenas al menos desde finales del siglo VIII a.C. Según este autor, hacia el tránsito del siglo VIII al VII a.C. las urnas Cruz del Negro sustituyen a los vasos "a chardon" como recipiente funerario, apareciendo estos como parte del ajuar, contándose entre los ejemplos uno similar al que nos ocupa, aunque realizado a mano, que formaba parte del ajuar la sepultura 9 de la necrópolis de la Joya (Huelva) (Garrido y Orta, 1978). Su asociación a las urnas de tipo Cruz del Negro parece ser la característica definitoria del horizonte del siglo VII a.C. de las necrópolis orientalizantes tartésicas (Torres Ortiz, 1999, p. 173).

Un recipiente, a mano, con las características del nº 5 sirvió de urna en el enterramiento 58 del Túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, de mediados del siglo VIII a.C. (Ruiz y Pérez, 1989, p. 295, foto 3).

Es de gran interés el fragmento de vaso de alabastro. Este tipo de vasos se da con mayor frecuencia en los yacimientos fenicios, desde los que se distribuirían, en escaso número, a los centros indígenas, pudiéndose considerar como un indicador de elevado estatus. El de Jumilla es probablemente el ejemplar encontrado más al interior. Por citar solamente algunos ejemplos, en las tumbas fenicias del Cerro de San Cristóbal (Almuñecar, Granada) aparecieron alabastros con cartelas de faraones egipcios del siglo IX (Padró, 1986; Frankenstein, 1997, p. 186); dos vasitos de alabastro para perfume proceden del enterramiento 24 del Túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, fechado a fines del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez, 1989, p. 295); en la necrópolis de La Joya (Huelva) aparecen vasos de alabastro en las tumbas 9 y 17, que se han situado en el Tartésico medio IIIa, con una cronología entre 725/700 y 650 a.C. (Fernández Jurado, 1988-89, p. 264). Al mismo momento corresponde el fragmento procedente, también de Huelva, del nivel la de Méndez

Núñez-4 (Fernández Jurado, 1988-89, p. 246). Otros ejemplares se han fechado en el siglo VII a.C. (Frankenstein, 1997, p. 186-187).

Respecto a los enterramientos adosados en el exterior, debieron producirse a lo largo de un período de tiempo difícil de precisar. El que las urnas II y VI se vieran afectadas por la deposición de la urna I, además de una cierta preferencia por ocupar la zona central de la cara S de la sepultura 5, sugiere que incluso se hubiera perdido la noción de la situación exacta de las dos primeras. La urna V correspondería a un momento estratigráficamente posterior al encontrarse en una capa de barro amarillo, situada sobre el nivel de base. El espesor de esta capa, sólo documentada en la cara W de la sepultura, decrecía al alejarse de la misma y tenía características similares a la existente en torno a la sepultura 6.

En cuanto a las urnas de largo cuello vertical con hombro marcado (urnas III y IV), en Peña Negra II existe un tipo semejante en cerámica gris a torno (B12), señalando González Prats (1983) su similitud con las vasijas de cuello cilíndrico que caracterizan la fase PIIb de Cortes de Navarra. Tanto estas urnas, como la I, con líneas acanaladas que recorren el hombro, así como la tapadera troncocónica de la urna IV, se podrían relacionar con los "Campos de Urnas". Esta posible asociación también se ha manejado para la necrópolis de La Huerta del Pato (Munera, Albacete). En efecto, J. Pereira (1994, p. 51-52) señala paralelos para dos de las urnas de cuello subcilíndrico con ejemplares de la necrópolis de Agullana, con otros de la fase P1b de Cortes de Navarra, así como con una urna de la incineración B de la Necrópolis de les Moreres de Crevillente, refiriéndose a la opinión de Ruiz Zapatero para el que la ausencia de decoración, las tapaderas carenadas características del Bronce Final Meridional, y la no aparición de estas formas en las necrópolis protoceltibéricas de Carrascosa I permitirían fechar la necrópolis de Munera en la primera mitad del siglo VII a.C. Por su parte, J. López Precioso (1994, p. 298) considera que las tapaderas, típicas de ambientes tartésicos, son fechables a partir de mediados del siglo VIII a.C., si bien los modelos morfocerámicos de las urnas presentan un área de dispersión mayor como el Ebro Medio o el Noroeste, aunque en estos dos casos con fechas de la I Edad del Hierro, por lo que cabría pensar en modelos locales de desarrollo propio. De la misma opinión son Arteaga y Serna (1979-80, p. 104) quienes señalan que

en la desembocadura del Tajo, en Andalucía y en otros puntos del occidente peninsular “*se conocieron vasijas de cuello más o menos cilíndrico, durante el Bronce Final, formando parte de unos complejos materiales que difícilmente se pueden igualar con los propios de los Campos de Urnas, desatendiendo las posibilidades comparativas que ofrecen otros paralelos mediterráneos, cuando no las mismas evoluciones de los diversos grupos de la cerámica autóctona, como es el caso de Munera (Albacete), y de Los Saladares*”. En el mismo sentido, González Prats (1983, p. 131-132) considera que los paralelos más estrechos y afines con las urnas de Crevillente se hallan en la zona meridional, pudiéndose citar paralelos idénticos solamente en el Sudeste, en las incineraciones de Murcia y Almería excavadas por los Siret (Parazuelos, Querénima, Caldero de Mojácar y Barranco Hondo).

Para las urnas III y IV de la sepultura 5 del Collado y Pinar, existen paralelos en Los Saladares (Arteaga y Serna, 1979-80; fig. 27) correspondientes a un momento avanzado del Bronce Final Pleno (Fase I-A1) fechado entre 850 y 800/775 a.C. Sin embargo, los ejemplares de Jumilla aparecen asociados a una sepultura en la que ya se perciben las relaciones con el mundo fenicio y corresponden por tanto a un momento posterior, del Bronce Final Reciente o de inicios de la Edad del Hierro que, a la vista de los materiales, podría situarse entre la segunda mitad del siglo VIII y principios del VII a.C. Estos materiales indicadores de posibles relaciones con el mundo de Campos de Urnas se darían, por tanto, en un momento ya avanzado de la necrópolis. Algo similar parece ocurrir en Los Saladares, señalando Arteaga y Serna (1979-80, nota 20) la existencia de cuatro fragmentos cerámicos procedentes del comercio con el área de los Campos de Urnas, en estratos en la segunda mitad del siglo VII a.C. Las urnas y otros vasos cerámicos de las sepulturas más antiguas del Collado y Pinar, tienen claros paralelos en ambientes meridionales.

III.2.2.2. Sepultura 6

Excavada en 1985, es la única hasta ahora del tipo B. Superficialmente quedaba denotada por una gran acumulación de piedras, que incluso rebasaba la cuadrícula de 5 x 4 m que se planteó para su excavación (Hernández Carrión, 1991, fig. 1). Una vez excavada, quedó delimitada una estructura pétreo en forma de prisma de base pseudocuadrangular con lados de entre

2,40 m y 2,60 m y una altura de unos 60 cm, con gruesas piedras en su base que disminuyen de tamaño en las hiladas superiores. Se trata de la estructura de mayor alzado de las hasta ahora excavadas en la necrópolis. Si en principio cabría relacionar la acumulación de piedras que aparecía en superficie con un sistema de cubierta de la sepultura, el análisis de la estratigrafía obtenida muestra cierta desconexión temporal con respecto a la construcción de la plataforma cuadrangular. En efecto, sobre el estrato con gravas que sirve de base a la estructura (estrato III), y en torno a la misma, aparece depositada una capa de barro amarillo (estrato II) con la típica disposición de caída, con mayor espesor en sus proximidades, de unos 10-15 cm, donde además el color amarillo es más intenso, llegando a desaparecer a unos 80 cm de la estructura. Esta disposición invita a considerar que el barro amarillo formara parte de un revestimiento y/o de una superestructura que coronase el prisma pétreo. Por encima aparece una delgada capa de tierra oscura de unos 4-5 cm de espesor y sobre ella descansa la acumulación de piedras visible en superficie que queda englobada en el suelo vegetal actual (estrato I). La delgada capa de tierra oscura que aparece por debajo de las piedras puede deberse a que los procesos de formación del suelo vegetal actual han llegado a afectar a la parte superior del estrato II o bien responder a la formación de un paleosuelo antes de la deposición de la acumulación de la capa de piedras.

El desmonte del interior del prisma pétreo y la excavación del estrato III bajo el mismo, mostró que no contenía ningún tipo de estructura en su interior y tampoco cubría ningún tipo de fosa. Solamente aparecieron algunos materiales entre la tierra que rellenaba los intersticios de las dos primeras capas de piedras de la estructura, que era de color negro mientras que entre las piedras de la capa inferior aparecía una tierra suelta de color marrón claro. Algunas de las piedras del interior de la estructura aparecían quemadas, apareciendo incluso vitrificaciones. También entre las piedras que formaban la acumulación que sellaba la estructura aparecían algunas quemadas.

Los materiales procedentes de la estructura se reducen a objetos metálicos con evidentes síntomas de haber estado sometidos al fuego: un fragmento de fíbula de doble resorte, de bronce, que conserva cuatro espiras y parte de la mortaja, otro fragmento parcialmente fundido correspondiente posiblemente a la misma, un fragmento de brazaletes de bronce y botón o aplique

hemisférico de cobre, con la superficie exterior plateada y posiblemente sobredorada (Simón, Hernández y Gil, 1999, p. 103-104), con un vástago por el interior doblado sobre sí mismo. No aparecieron huesos, por lo que se interpretó como sepultura cenotáfica, un aspecto sobre el que volveremos más adelante.

El elemento con mayor valor cronológico es la fíbula de doble resorte, que sin embargo, tiene una cronología amplia, lo que se agrava por no haberse conservado el puente. Para su datación en tierras murcianas (Iniesta, 1983, p. 49) sirvieron como referentes, entre otros, los ejemplares de las fases IB-1 y IB-2 de Los Saladares (Orihuela, Alicante) considerando las dataciones del segundo y tercer cuarto del siglo VII a.C., respectivamente, propuestas en una primera publicación (Arteaga y Serna, 1975). Estas dataciones se elevaron en un trabajo posterior unos 50 años (Arteaga y Serna, 1979-80). Hoy contamos con ejemplares de áreas próximas aparecidos en contextos del siglo VIII a.C. como un ejemplar de Peña Negra I, correspondiente a un estrato que amortizaba otro en el que aparecieron dos fíbulas de codo, un tipo que se viene fechando entre los siglos XI-IX a.C. (González Prats, 1993, p. 24). Por citar solamente algún ejemplar más de cronología antigua, mencionaremos que estas fíbulas aparecen en establecimientos fenicios como Morro de Mezquitilla (Mansel, 2000, fig. 4), en su horizonte B1b, del siglo VIII a.C. (Schubart, 1997, p. 26) así como en yacimientos indígenas como Ronda la Vieja (Ronda, Málaga) en dos fases, estando en la más antigua asociadas a materiales de filiación fenicia similares a los de la fase más antigua de Morro de Mezquitilla (Castro, 1994, p. 141) y con dataciones de radiocarbono muy altas⁸.

Una datación *ante quem* para la sepultura 6 la aportan algunos materiales cerámicos recuperados entre la mencionada acumulación de piedras que la cubría. Por una parte contamos con fragmentos correspondientes al borde y fondo de una olla globular a torno, con el borde saliente (fig. 9). La pasta es de color anaranjado, con cuarzo, cal y óxidos de hierro como desgrasantes y lleva en el exterior un engobe amarillento, características que se han señalado para cerámicas procedentes de Cartago, especialmente la última (Ramón, 1995, p.

258-259). Un borde semejante, fechado a finales del siglo VIII a.C., procede del nivel 22B del Corte B de 1980 en Carmona (Pellicer y Amores, 1985, fig. 17.13). Otro fragmento con perfil similar, correspondiente al fondo, procede del nivel 21 del Cerro Macareno (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, fig. 61.902) fechado a finales del siglo VII a.C. En ambos casos se señala la superficie exterior blanzuca. Perfiles semejantes aparecen en Cartago a lo largo del siglo VII a.C. correspondiendo a la forma Cintas 58 (Vegas, 2000, figs. 5-6). Para estas ollas, generalmente monoansadas, se ha señalado una evolución, haciéndose los bordes más aplanados hacia finales del VII o siglo VI a.C. (Accuaro, 1999, p. 17). Como ejemplos de estas formas más recientes, con dos asas, se pueden mencionar las procedentes del Torelló del Boverot d' Almassora (Castellón) (Clausell, 2000, fig. 2), de Mazarrón (Murcia) (Negueruela *et alii*, 2000, fig. 4.15) o del Cerro del Villar (Málaga) (Curià, 2000, fig. 6).

Otros fragmentos corresponden a un gran recipiente a torno con pasta de características similares al anterior, pero sin el engobe amarillento. Entre ellos uno que conserva una orejeta con perforación vertical dispuesta sobre una característica carena, permite identificar que se trata de la forma E15 de Peña Negra II, que González Prats (1983, p. 224), describe como "vasos cortados con asas y orejetas", cuya variante A conserva el hombro carenado de las ánforas A1 (T-10.1.1.1 y T-10.1.2.1 de Ramón). Los ejemplares de este tipo, datados en la primera mitad del siglo VI a.C., serían los precedentes para las urnas de orejetas ibéricas.

III.2.2.3. Sepultura 7

Es una sepultura del tipo D o escalonada, fue excavada en 1999. Se trata de un encachado de piedras medianas, de forma cuadrada, cuyas dimensiones son 3,5 x 3,5 m. Este encachado se enmarca por el exterior con un murete de las mismas características que los que delimitan las estructuras de tipo C, de 4,80 m de lado y 0,50 m de grosor, con una cota algo inferior a la del núcleo central, lo que da al conjunto un aspecto escalonado. El espacio entre ambos conjuntos pétreos estaba relleno por tierra vegetal, que contenía fragmentos amorfos de cerámica a torno. Sobre este relleno de tierra, en su centro, había una hilada de cantos rodados blancos, de pequeño tamaño, a modo de cenefa (fig. 8). Del encachado de piedras solamente faltaba una, y a la

⁸ Castro (1994, p. 140-143) realiza un detallado estudio de las dataciones radiométricas asociadas a fíbulas de doble resorte.

hora de proceder a su excavación, dedujimos, dadas las circunstancias, que esa era la piedra que en su día sirvió de tapadera a la urna, por lo que debió ser saqueada por sus propias gentes, quedado solamente unos pequeños fragmentos de cerámica a mano o torno lento.

El escalón o marco de piedras estaba roto en su ángulo SW, donde aparecieron varios aros de bronce y algunos fragmentos de cerámica sobre una bolsada de barro amarillo que incluía huesos quemados. Otra bolsada de barro amarillo solamente contenía huesos quemados. También aparecieron en esta zona algunos fragmentos de cerámica a mano. Uno corresponde a parte de un cuello troncocónico, que apenas conserva la unión con el cuerpo.

Los fragmentos de cerámica a torno incluidos en el relleno de la sepultura estarían amortizados en los alrededores cuando se construyó, lo que sugiere que se trate de la sepultura más reciente del conjunto.

III.2.3. Valoración del conjunto de sepulturas estudiado en las excavaciones recientes

Como hemos mencionado, las sepulturas 5, 6 y 7, cuyos grandes encachados destacaban sobre el terreno, y como mínimo otra con características similares, que no se ha excavado, forman una agrupación, como las que parecen formar otras sepulturas de la necrópolis. A su vez, adosadas al exterior de las sepulturas 5 y 7 aparecieron otros enterramientos secundarios, muy destruidos en el caso de la sepultura 7. Estas agrupaciones de sepulturas deben responder a una división de la sociedad en grupos de parentesco y a la existencia de una cierta jerarquía dentro de éstos. En este conjunto, bien en el interior o asociadas a ellas, aparecen cerámicas a torno, o elementos suntuarios como el alabastro o el botón de cobre con la superficie plateada, así como un cuchillo de hierro. Todas estas sepulturas comparten las plantas cuadrangulares, aunque pertenecen a distintos tipos. Salvo la 6, son de mayores dimensiones que las demás sepulturas con este tipo de planta. La sepultura 6, en cambio, es la de mayor alzado de las hasta ahora conocidas. Destaca la monumentalidad de la 7, escalonada y con una cenefa de cantos entre el encintado exterior de piedra y el encachado central.

La interpretación de la sepultura 6, de carácter singular hasta el momento, resulta compleja. Dada la ausencia de huesos se interpretó como sepultura cenotáfica. Ejemplos de esto tenemos en la Necrópolis de La

Osera (Ávila) donde de 11 construcciones tumulares 4 de ellas no contenían sepultura, y una de ellas presentó urnas adosadas en el exterior (Almagro, 1973, p. 110-111) al igual que en las sepulturas 5 y 7 del Collado y Pinar de Santa Ana. También para la sepultura 3, excavada por J. Molina, se señala en el diario de excavaciones la ausencia de huesos, apareciendo la urna rellena con el mismo barro que la fosa en que se encontraba. Podría tratarse del mismo caso, o que los huesos puedan llegar a desaparecer debido, por ejemplo a la acidez del terreno, un aspecto que requeriría los oportunos análisis. El caso de la sepultura 6 todavía sería diferente al no contener urna. Algo similar a este caso podría ser la presencia de encachados tumulares en el Alto Jalón entre cuyas piedras se ha dispersado previamente el ajuar funerario (Maya, 1998, p. 413).

En el caso de la sepultura 6 aparecen piedras quemadas e incluso vitrificación, lo que se podría explicar si esta estructura se tratara de un ustrinum, con la parte superior parcialmente destruida. De hecho aparecen también piedras quemadas en el entorno. Por ejemplo, el único empedrado de la necrópolis de Can Missert se ha interpretado como un ustrinum (Maya, 1998, p. 353-354). En casos como el Túmulo 1 de la necrópolis de las Cumbres el ustrinum ocupa un lugar central, sucediendo algo parecido en la agrupación de sepulturas que estamos considerando, aunque por el momento no parece que exista ningún encachado al N de la 6. Esta otra hipótesis podría explicar el carácter singular de esta estructura y que tiempo después de su construcción, como muestra el estrato de disolución de adobes, e incluso la posible formación de suelo vegetal sobre el mismo, se produzca la importante acumulación de piedras sobre el mismo que parece corresponder no solamente a un derrumbe, sino a un aporte intencional con el que se clausura esta estructura.

En el caso de que efectivamente se trate de una sepultura, la acumulación de piedras se explicaría mejor como un derrumbe, pues no se ha observado en ninguna otra sepultura del conjunto. En este caso habría tenido una altura considerable, entre 0,90 y 1,20 m, lo que estaría en consonancia con la solidez de su basamento.

Los interrogantes que plantea su interpretación se derivan de su carácter singular por el momento y podrán resolverse con la excavación de otros conjuntos de sepulturas.

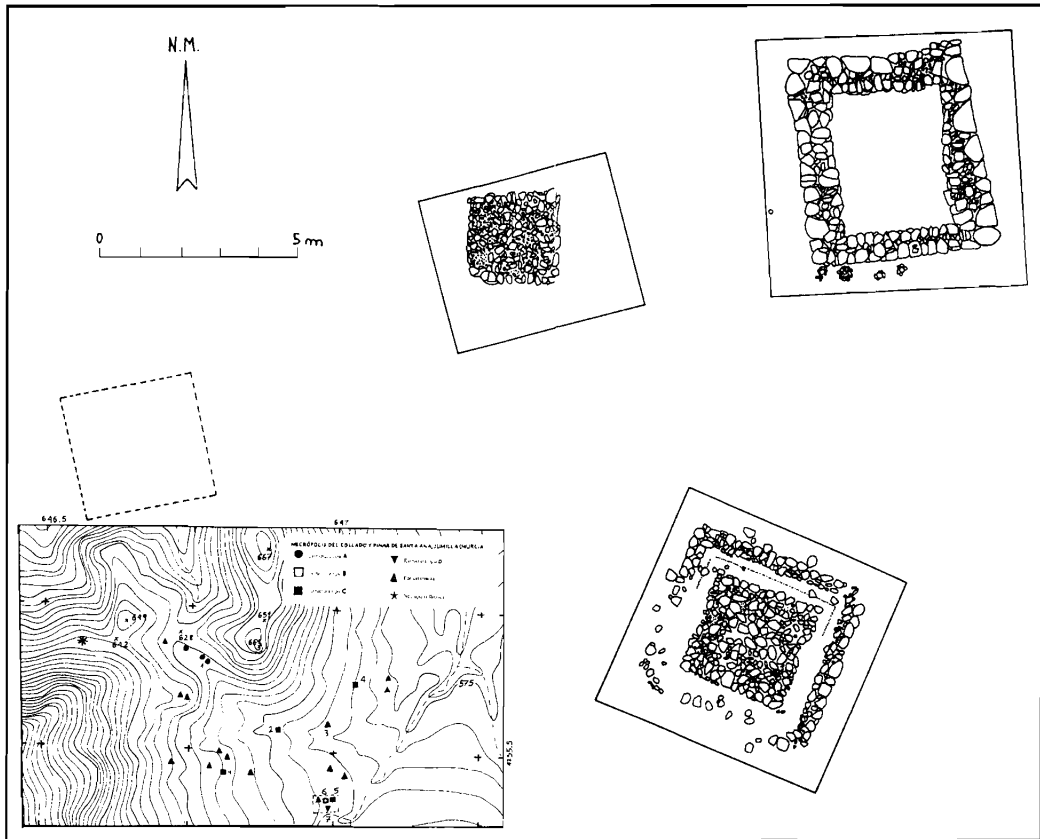


Figura 1. Collado y Pinar. Planta general y situación de las sepulturas de las excavaciones recientes.

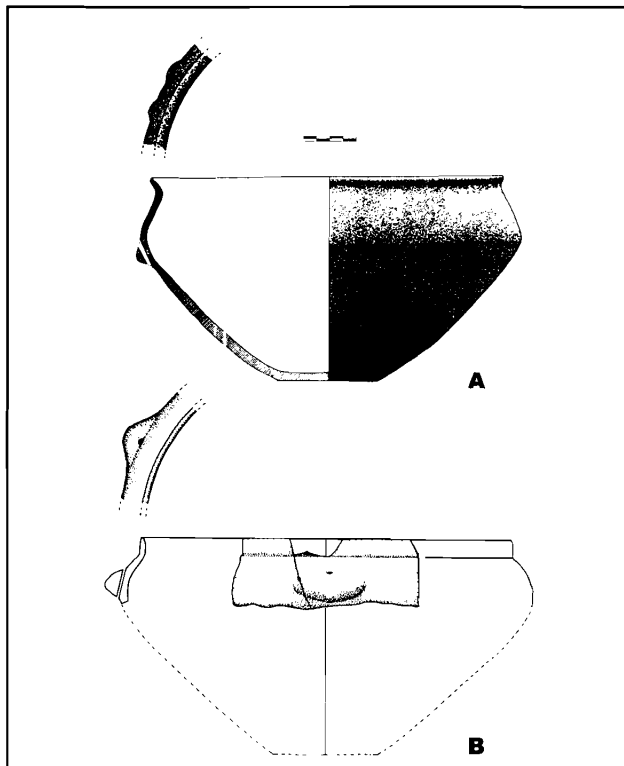


Figura 2. a) Sepultura; b) Coimbra del Barranco Ancho.

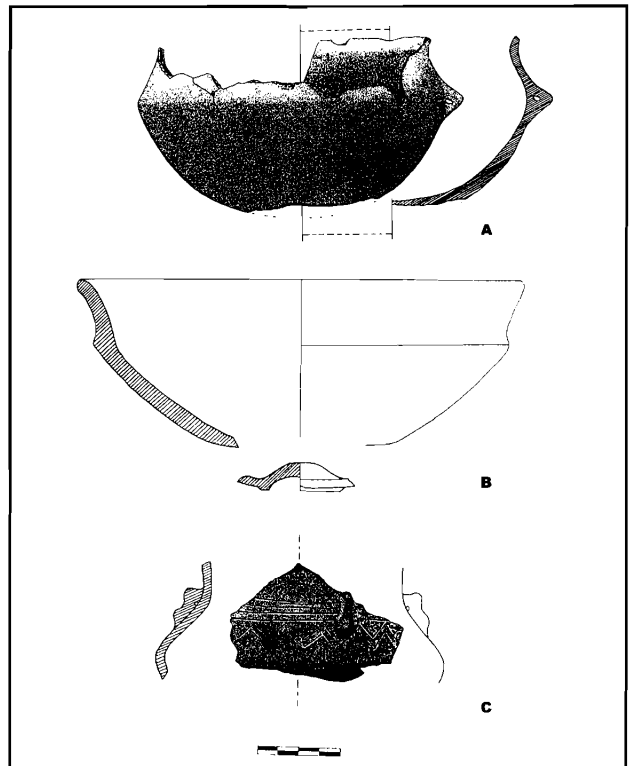


Figura 3. Materiales de la sepultura 1.

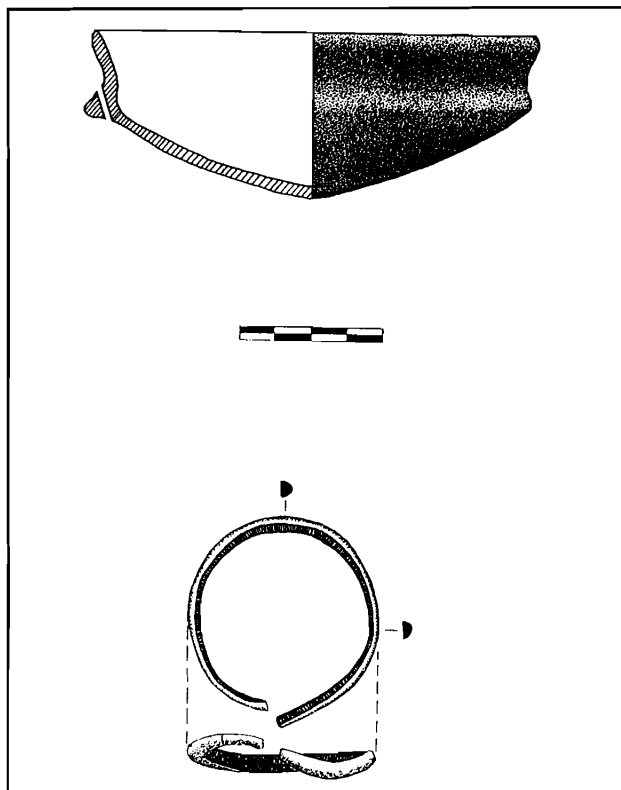


Figura 4. Materiales de la sepultura 3.

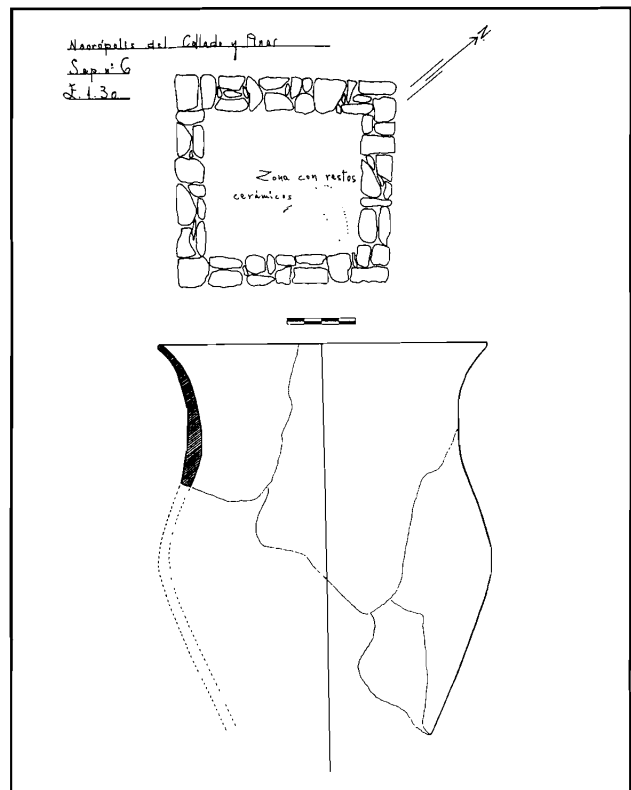


Figura 5. Sepultura 4. Planta (según J. Molina) y urna (ver nota 3).

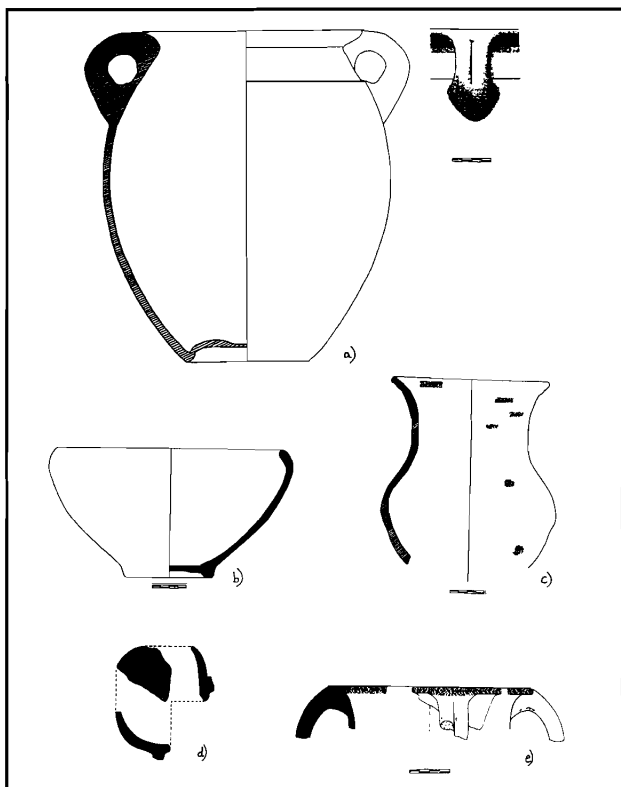


Figura 6. Sepultura 5. Interior.

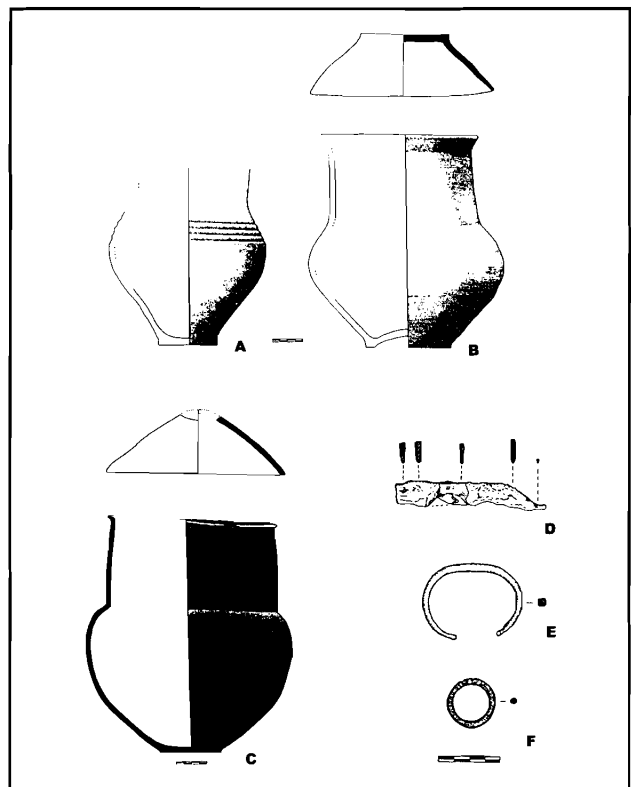


Figura 7. Sepultura 5. Interior (d) y urnas del exterior.

IV. LA NECRÓPOLIS DEL COLLADO Y PINAR DE SANTA ANA EN EL CONTEXTO DE LAS NECRÓPOLIS TUMULARES PENINSULARES DEL BRONCE FINAL/HIERRO ANTIGUO

Entre las propuestas sobre el origen del rito funerario de la cremación que han venido manejando la investigación, recogidas por Torres Ortiz (1996, p. 155-158; 1999, p. 149-150), cabría considerar las que defienden un origen mediterráneo prefenicio (Molina, 1978; Bendala, 1992) o su origen en el mundo de los Campos de Urnas, descartando un origen fenicio para el mismo. En relación con el rito de la cremación en el mundo tartésico, el mencionado autor se decanta por rastrearlo en el mundo de los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica, “*debido a la coetaneidad del Bronce Final tartésico y, al menos los Campos de Urnas Recientes*” y por razones de cercanía geográfica, sin que ello implique la llegada de elementos poblacionales desde el nordeste peninsular a las áreas sudoriental y suoccidental de la misma. Señala que la expansión del rito de la cremación se enmarcaría en la serie de contactos existentes entre Andalucía Oriental y el Sureste a finales de la Edad del Bronce, constatados por materiales como las espadas en lengua de carpa, entre otros, por una parte, y por otra, entre el sureste peninsular y el área nuclear de los Campos de Urnas del noreste de la península Ibérica, que quedan reflejados en la presencia de materiales propios de este último ámbito en yacimientos levantinos como Tabayá, Caramoro II, Mola de Agrés, etcétera (Torres Ortiz, 1996, p. 158).

En relación con El Tabayá (Aspe, Alicante), Hernández Pérez y López Mira (1992, p. 11-13) señalan que a partir de la constatación de formas completas decoradas con acanaladuras, que no aparecen registradas en las tipologías de Campos de Urnas, se puede plantear desde nuevas perspectivas tanto las reconstrucciones propuestas para algunos fragmentos de Mola d' Agrés y Peña Negra, como la propia presencia de los Campos de Urnas en las tierras meridionales valencianas⁹. En la publicación de Caramoro II se reproducen dos fragmentos con decoración acanalada. Uno no conserva el borde y en el otro es ligeramente convexo, relacionándolos con los ambientes de Campos de Urnas (González Prats y Ruíz Segura, 1992). Estos podrían corresponder también a los tipos documentados en El Tabayá. Hernández Pérez y López Mira señalan lo poco significativo de la incidencia de materiales considerados

propios de Campos de Urnas en Los Saladares y Peña Negra I, por lo que el caso más evidente sería el de Mola d' Agrés, un yacimiento donde también habría que considerar las relaciones mediterráneas, a partir de otros materiales como la fibula “*ad occhio*”. Precisamente en base a estas relaciones mediterráneas se explicaría la presencia de metalurgia de tipo atlántico, formando parte el Sureste de un circuito comercial que conectaría el Atlántico con el Mediterráneo (González Prats, 1993; Ruiz-Gálvez, 1998).

Por otra parte, la adopción del nuevo rito funerario debió ser muy rápida, pues la fecha en torno a 1300 CAL. B.C. que se maneja para el inicio de Campos de Urnas Antiguos en el Noreste (Castro, 1994, p. 136-137; Maya, 1998, p. 349-350) no se aleja mucho de la datación obtenida en el estrato VI del corte Ñ de Cobatillas la Vieja (Murcia) (1060 ± 50 B.C.; 1320-1210 CAL. B.C.)¹⁰ del que procede un vasito carenado de igual tipología al documentado en una sepultura de cremación de Caldero de Mojácar (Almería) (Ros Sala, 1989, p. 72-76). Castro (1994, p. 137) señala que no existe en la etapa representada por esta necrópolis y otras excavadas por los Siret en la Depresión de Vera, ninguna evidencia que permita poner en relación las manifestaciones conocidas del Sureste peninsular con las primeras evidencias de los Campos de Urnas y con el estilo de las cerámicas acanaladas del primer momento. Señala que la adopción de las prácticas de cremación con urnas contenedoras de los restos de la misma, aparece como una manifestación que incorporan distintas comunidades peninsulares en un momento aproximadamente sincrónico en torno al 1300 cal. B.C.¹¹

Teniendo en cuenta por una parte esta posible simultaneidad y por otra, las diferencias en la cultura material, aunque se considere que la idea de la cremación procede de los Campos de Urnas Centroeuropeos, no es preciso suponer que la vía de llegada a toda la

9 Una de las reconstrucciones que cuestionan corresponde a un fragmento del nivel más antiguo del Corte C de Peña Negra, con las implicaciones que ello supone para la cronología de los materiales producto del comercio con el área de Campos de Urnas.

10 Intervalo de mayor probabilidad a un sigma empleando el programa Calib 4.2 de Stuiver y Reimer.

11 En cambio, en el occidente peninsular hay dataciones más recientes como las de la necrópolis portuguesa de Paranho, en la Beira Alta, que permiten situar su utilización entre la segunda mitad del siglo XII y a lo largo del XI CAL. B.C. (Cruz, 1997, p. 99).

Península Ibérica fue necesariamente a través de Los Pirineos. La hipótesis de una vía marítima para la introducción del rito en el Sureste puede dar cuenta de estos aspectos.

Por otra parte, la utilización del rito de la cremación no excluye la existencia de diferencias en la tipología de las sepulturas, habiéndose señalado que las cubiertas tumulares no son propias de los Campos de Urnas. Entre las zonas en las que están presentes los encachados tumulares podemos mencionar las del Bajo Segre-Cinca y el Bajo Aragón, por una parte, el Sur de Portugal, por otra, y el Sureste, todavía insuficientemente conocido, a pesar de las sepulturas que diera a conocer Siret. En cambio, en los ambientes puramente tartésicos, los túmulos responden a otro concepto. Se ha señalado un origen de las estructuras tumulares en tradiciones locales para el Bajo Segre-Cinca y el Bajo Aragón (Castro, 1994, p. 132-137; Maya, 1998, p. 360; 389), con ejemplos de inhumación tumular antes de la aparición de campos de urnas, e incluso su coexistencia con la cremación. También para el sur de Portugal, se señala la existencia de superestructuras tumulares desde los inicios del Bronce, con una larga perduración de la inhumación que llega a coexistir con la cremación (Pellicer, 2000, p. 110-111). También en el Sureste pudo existir una tradición local de este tipo. Así, se han considerado correspondientes al Bronce Tardío las inhumaciones bajo túmulo que excavó Furgús en San Antón y Las Laderas del Castillo de Callosa del Segura (Hernández Pérez, 1985); en la necrópolis de El Llano de los Ceperos (Ramonete, Lorca) (Ramallo, 1981; Ros Sala, 1989, p. 187-196) las inhumaciones en una especie de cistas podrían indicar su coexistencia con el rito de la cremación.

Con todo, el origen y evolución de las estructuras tumulares en el Sureste es todavía insuficientemente conocido. Aquí es donde radica uno de los aspectos de mayor interés de la necrópolis del Collado y Pinar pues, a pesar de contar todavía con pocos datos, permite, con las necesarias reservas, establecer una secuencia evolutiva de los tipos de encachados tumulares, en la que a las plantas circulares, sucederían las cuadrangulares y finalmente las escalonadas. Una secuencia básicamente similar, aunque con algunos matices, se ha señalado para las otras áreas con este tipo de sepulturas, lo que indica la existencia de estrechas relaciones entre estas zonas, en las que el Sureste ocuparía un lugar destacado.

González Prats (1993, p. 36) analizando la metalurgia de Peña Negra I y otros aspectos de cultura material, señala la existencia de relaciones comerciales y culturales entre la Meseta Norte y el Sureste por el borde oriental de ambas mesetas, aprovechando una antigua ruta ganadera. Esta misma ruta también puede conectar, a través de Cuenca, con el Bajo Segre-Cinca y el Bajo Aragón.

En relación con la otra zona en que se constatan encachados tumulares de características similares, al estudiar con el hacha de cubo con dos anillas procedente de El Maestre (Simón, Hernández y Gil, 1999, p. 118-119) señalamos su tipología atlántica, distinta a las de este tipo conocidas en la vertiente mediterránea, existiendo similares en el centro y sur de Portugal (Frankenstein, 1997; Ruiz-Gálvez, 1998, p. 271-272) por lo que debe inscribirse en el mismo circuito comercial del que formaría parte Peña Negra, entre el centro de Portugal y el Mediterráneo central, basado en el reciclado de chatarra y la fundición local de objetos metálicos, similares a los que aparecen en diversos depósitos del Mediterráneo central (Ruiz-Gálvez, 1998, p. 286). Los paralelos en la zona central de Portugal para los brazaletes del Tesoro de Villena (Alicante), municipio limítrofe con el Altiplano murciano, también sugieren estas relaciones (Ruiz-Gálvez, 1998, p. 283).

Otro aspecto de interés de la necrópolis del Collado y Pinar es la constatación de una agrupación de sepulturas que a su vez pueden tener adosadas sepulturas secundarias. En superficie parecen observarse otras agrupaciones de este tipo. Posiblemente respondan a una división de la sociedad en grupos de parentesco y a la existencia de una cierta jerarquía dentro de éstos.

Algunos de estos encachados tumulares, especialmente el de la sepultura 7, escalonado y con una cenefa entre el encintado exterior y el núcleo central, se pueden considerar precedentes de los encachados de las sepulturas ibéricas teniendo en cuenta, aparte de los paralelismos, que en otras zonas con encachados tumulares, éstos continúan hasta momentos con la misma cronología.

En lo hasta ahora investigado de la necrópolis, las sepulturas más recientes se podrían situar en el siglo VII a.C., como en el caso de la 7, y quizás, si no la 5, alguna de las sepulturas adosadas a ésta. Los materiales sin contexto claro más recientes corresponden a la primera mitad del siglo VI a.C. Quedaría todavía un lapso de tiempo hasta el inicio de la cultura ibérica, hacia los ini-

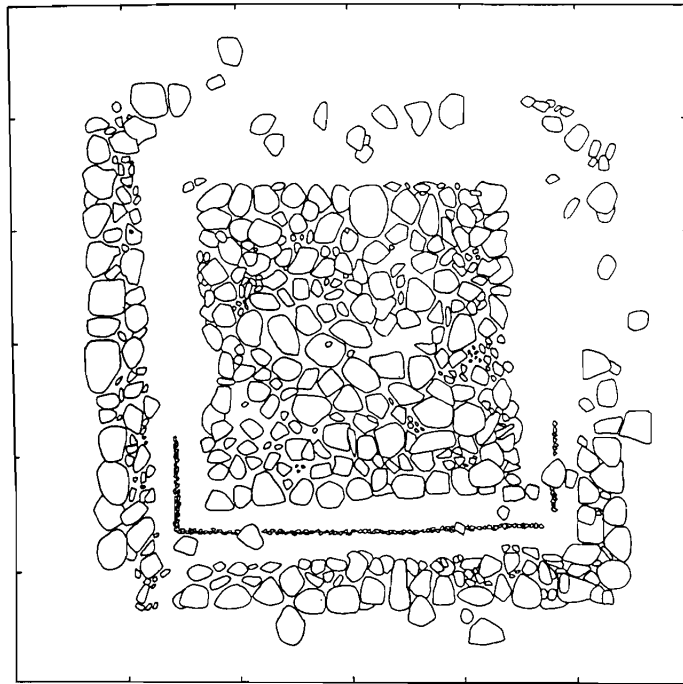


Figura 8. Planta sepultura 7.

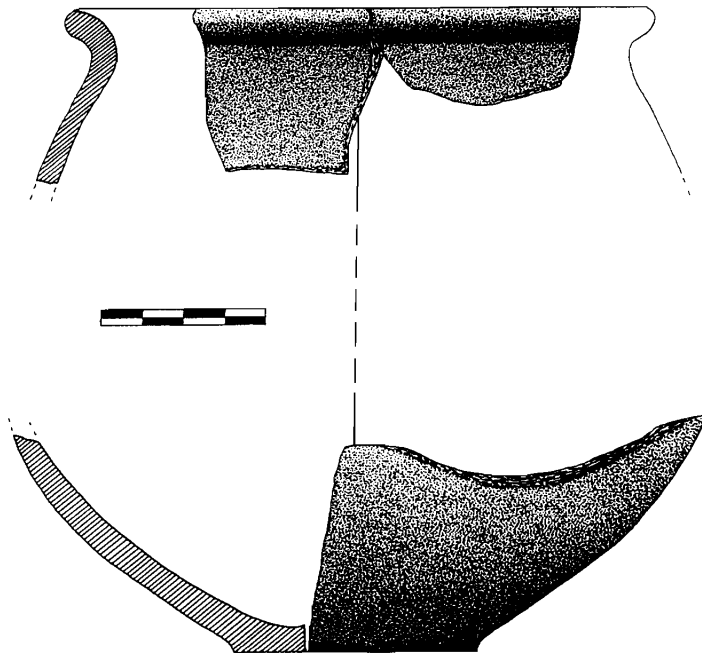


Figura 9. Vaso cerámico procedente del exterior de la sepultura 6.

cios del siglo V a.C., del que no conocemos en el yacimiento sepulturas ni materiales descontextualizados, a lo que hay que añadir que en lo hasta ahora conocido, las necrópolis de la fase ibérica de este complejo arqueológico, representada por Coimbra del Barranco Ancho, se inician en torno al 400 a.C. (García Cano, 1997). Este vacío temporal debe considerarse provisional, en tanto no avancen los trabajos en el yacimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ACCUARO, E., 1999: "La ceramica di Tharros in età fenicia e punica: documenti e prime valutazioni", en González Prats (Ed.), 1999, p. 13-40.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1973: *Los Túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica (EAE, 83)*, Madrid.
- ARANA CASTILLO, R., MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a., RAMALLO ASENSIO, S. F. y ROS SALA, M^a. M. (Eds.), 1993: *La metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*, Murcia.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M^a. R., 1975: *Los Saladares 71. Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología 3*, Madrid.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M^a. R., 1979-80: "Primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela-Alicante)", *Ampurias*, 41-42, p. 65-137.
- AUBET SEMMLER, M^a. E., 1975: *La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río (Sevilla)*, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M^a. E., 1978: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla. El Túmulo B*, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M^a. E. (Ed.), 1989: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell.
- AUBET SEMMLER, M^a. E., 1994: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M^a. E. (Ed.), 1997: *Los fenicios en Málaga*, Málaga.
- AUBET SEMMLER, M^a. E.; SERNA, M^a. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ, M. M^a., 1983: *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979 (EAE, 122)*, Madrid.
- BANDERA, M^a. L. DE LA, CHAVES, F., ORIA, M., FERRER, E., GARCÍA, E. y MANCEBO, J., 1993: "Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (Campañas de 1980 y 1981)", *AnCórdoba*, 4, p. 15-48.
- BARANDIARÁN, I., MARTÍ, B., DEL RINCÓN, M. A. y MAYA, J. L., 1998: *Prehistoria de la Península Ibérica*, Barcelona.
- BENDALA GALÁN, M., 1992: "La problemática de las necrópolis tartésicas", *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis*, Madrid, p. 27-36.
- CABRERA BONET, P. y SANTOS RETOLAZA, M. (Eds.), 2001: *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental (Monografies emporitanes 11)*, Barcelona.
- CARO BELLIDO, A., 1989: *La cerámica gris a torno tartésica*, Cádiz.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J. A. y PASTOR, M., 1985: "Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, p. 265-333.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J. A., PASTOR, M. y LARA, I., 1980: "Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá. Torres (Jaén)". *C.P.Gr.*, 5, p. 221-236.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V., 1994: *La Sociedad de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península Ibérica. La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona) (BAR International Series, 592)*, Oxford.
- CLAUSELL CANTAVELLA, G., 2000: "La incidencia fenicia en el asentamiento del Torello del Boverot d'Àlmassora (Castellón)". *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. IV, Cádiz, p. 1771-1780.
- CRUZ, D. J., 1997: "A necrópole do Bronze Final do "Paranho" (Molelos, Tondela, Viseu)", *Estudos Pré-Históricos*, V, p. 85-109.
- CURIÀ, E., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A. y PÁRRAGA, M., 2000: "La organización de la producción de cerámica en un centro colonial fenicio: el taller alfarero del siglo VI a.n.e. del Cerro del Villar (Málaga)", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. IV, Cádiz, p. 1475-1485.
- DOCTER, R. F., 1999: "Transport Amphorae from Carthage and Toscanos: an economic-historical approach to Phoenician expansion", en González Prats (ed.) 1999, p. 89-109.
- DOMÍNGUEZ, A. J. y SÁNCHEZ, C., 2001: *Greek Pottery from the Iberian Peninsula. Archaic and Classical Periods*, Leiden.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., 1993: "La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el <Bronce> que nunca

- existió”, *Tartessos 25 años después 1968-1993*, Jerez de la Frontera, p. 179-214.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., 2000: *La Arqueología protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*, Madrid.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1990: “Tartessos y Huelva”, *Huelva Arqueológica*, X-XI, 1.
- FRANKESTEIN, S., 1997: *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y en el suroeste de Alemania*, Barcelona.
- GARCÍA CANO, J. M., 1997: *Las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia.
- GARCÍA MARTÍN, J. M., 2000: “El comercio de cerámicas griegas en el sur del País Valenciano en época arcaica”, en Cabrera y Santos (eds.) 2001, p. 207-223.
- GARRIDO ROIZ, J. P., 1970: *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (1ª y 2ª Campañas)* (EAE 71), Madrid.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS, J. L. y MOLINA, M. (Eds.), 1994: *El mundo púnico. Historia, Sociedad y Cultura*, Murcia.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo en la Sierra de Crevillente (Anejo I de Lucentum)*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1990: *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1993: “La metalurgia del Bronce Final en el sudeste de la península ibérica”, en Arana Castillo, R. et alii (Eds.), 1993, p. 19-43.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (Ed.), 1999: *La cerámica fenicia en Occidente. Centros de producción y áreas de comercio*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2000: *La Fonteta. El emporio fenicio en la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*. *Sapanu* 3. [<http://www.labherm.filol.csic.es/sapanu2000/Alicante/fonteta.html>].
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, R., 1990: “Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó”, *Homenaje a Enrique Pla Ballester* (T.V. del S.I.P. 89), Valencia, p. 17-27.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y AGUILAR MOYA, L., 1993: “Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir”, *Tartessos 25 años después. 1968- 1993*, Jerez de la Frontera, p. 215-237.
- GONZÁLEZ WAGNER, C., 1994: *Los comienzos de la expansión fenicia en el mediterráneo* (<http://www.ucm.es/info/antigua/actualiz.htm>).
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E., 1990: “La necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana. Jumilla”, *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia, p. 99-102.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E., 1991: “Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia). Campaña de 1985”. *MemAMurcia* 1985-1986, Murcia, p. 169-173.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E., 1999: “Excavaciones en el Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia). Campaña de 1993”, *MemAMurcia* 1993, p. 184-193.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y GIL GONZÁLEZ, F. (e. p.): “La necrópolis del Bronce Final del Collado y Pinar de Santa Ana de Jumilla (Murcia)”, *1ª Jornadas La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Villena.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., 1985: “La Edad del Bronce en el País Valenciano. Panorama y perspectivas”, *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*, p. 101-119.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y LÓPEZ MIRA, J. A.: “Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante)”. *Homenaje a Enrique Pla Ballester* (T.V. del S.I.P. 89), Valencia, p. 17-27.
- INIESTA SANMARTÍN, A., 1983: *Las fibulas de la Región de Murcia*, Murcia.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A., 1994: “Nuevos datos para la definición de la etapa final del Bronce en Carmona (Sevilla)”, *SPAL*, 3, p. 145-177.
- LÓPEZ PRECIOSO, F. J., 1994: “El Castellón (Hellín y Albatana) y el final de la Edad del Bronce en la Provincia de Albacete. Avance de su estudio”, *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, p. 291-305.
- LORRIO, A. J., 2000: “Continuidad y discontinuidad en el poblamiento protohistórico del noroeste de la Meseta Sur”, *Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular*, vol. 5, Oporto, p. 265-284.
- LOZANO SANTA, J., 1800: *Historia antigua y moderna de Jumilla*, Murcia.
- MAAS-LINDEMANN, G., 1994: “La primera fase de la colonización fenicia en España según los hallazgos del Morro de Mezquitilla (Málaga)”, en González Blanco, Cuchillos y Molina (Eds.), p. 282-291.
- MAAS-LINDEMANN, G., 1999: “La cerámica de las primeras fases de la colonización fenicia en España”, en González Prats (Ed.), p. 129-148.
- MADERUELO, M. y PASTOR, M. J., 1981: Excavaciones en Reillo (Cuenca). *NotArqHispan*, 12, p. 159-185.

- MANSEL, K., 2000: "Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. IV, Cádiz, p. 1601-1614.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y MONTES ZUGADI, A., 1986: "Avance al estudio sobre el horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir", *Homenaje a Luis Siret*, p. 488-496.
- MAYA, J. L., 1998: "El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro", en Barandían *et alii*, 1998, p. 317-425.
- MEDEROS MARTÍN, A., 1997: "Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa", *Complutum*, 8, p. 73-96.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., 1978: "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sureste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 3.
- MOLINA GRANDE, M^a. C. y MOLINA GARCÍA, J., 1973: *Carta Arqueológica de Jumilla*, Murcia.
- MOLINA GRANDE, M^a. C. y MOLINA GARCÍA, J., 1991: *Carta arqueológica de Jumilla: Addenda 1973-1990*, Murcia.
- NEGUERUELA, I., PINEDO, J., GÓMEZ, M., MIÑANO, A., ARELLANO, I. y BARBA, J. S., 2000: "Descubrimiento de dos barcos fenicios en Mazarrón (Murcia)", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. IV, Cádiz, p. 1671-1679.
- PADRO I PARCERISA, J., 1986: "Las importaciones egipcias en Amúñecar y los orígenes de la colonización fenicia en la Península Ibérica", *Homenaje a Luis Siret*, 526-529.
- PELLICER CATALÁN, M., 2000: "El proceso orientalizante en el occidente ibérico", *Huelva Arqueológica*, 16, p. 91-134.
- PELLICER CATALÁN, M. y AMORES, F., 1985: "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA 80/A Y CA/80/B", *NotArqHisp*, 22, p. 55-189.
- PELLICER CATALÁN, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M., 1983: *El Cerro Macareno* (EAE, 124), Madrid.
- PEREIRA SIESO, J., 1994: "La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, p. 37-85.
- RAMALLO, S. F., 1981: "Hallazgo de la Edad del Bronce en el Llano de los Ceperos (Ramonete, Lorca)", *Anales de la Universidad de Murcia, Letras*, p. 38.
- RAMÓN TORRES, J., 1995: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona.
- ROS SALA, M. M., 1989: *Dinámica urbanisítica y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., 1998: *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Barcelona.
- RUIZ MATA, D., 1995: "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico", *Tartessos 25 años después 1968-1993*, Jerez de la Frontera, p. 265-263.
- RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. 1994: "Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes", *SPAL*, 3, p. 209-256.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C., 1989: "El Túmulo 1 de la necrópolis de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz)", en Aubet (Ed.), 1989, p. 287-295.
- SCHUBART, H., 1997: "El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo)", en Aubet (Ed.), 1997, p. 13-45.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O., 1986: "El mundo de las colonias fenicias occidentales", *Homenaje a Luis Siret*, p. 499-525.
- SIMÓN GARCÍA, J. L., HERNÁNDEZ CARRIÓN, E. y GIL GONZÁLEZ, F., 1999: *La metalurgia en el Altiplano de Jumilla-Yecla. Prehistoria y Protohistoria*, Jumilla.
- TORRES ORTIZ, M., 1996: "La cronología de los Túmulos A y B de Setefilla. El origen del rito de la cremación en la cultura tartésica", *Complutum*, 7, p. 147-162.
- TORRES ORTIZ, M., 1998: "La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y en el Próximo Oriente", *Complutum*, 9, p. 49-60.
- TORRES ORTIZ, M., 1999: *Sociedad y mundo funerario en Tartessos (Biblioteca Archaeologica Hispana, 3)*, Madrid.
- VEGAS, M., 2000: "La cerámica fenicia del siglo VIII en Cartago", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. III, Cádiz, p. 1237-1246.